

EL CULTO A LA NOTICIA

El pasado miércoles mi cama, a eso de las doce de la noche, parecía un estercolero. Cualquier movimiento que hiciera con mi cuerpo producía un quejido de papel. Allí había periódicos de todos los feudos políticos y empresariales, hasta de los más independientes, y, a pesar de ello, su modelo de mundo era muy similar. Me explico: todos ellos organizaban los acontecimientos del día según los mismos criterios jerárquicos y el resultado era una coincidencia casi matemática a la hora de clasificar los sucesos según su importancia. Y lo curioso era que, en el fondo, y sin que nadie se entere, a mí todas aquellas noticias me importaban menos –mucho menos- que el olor de silencio que levantaba la lluvia detrás de las ventanas.

Preocupado por mi falta de responsabilidad, por mi individualismo insolidario, salí a la calle sin paraguas y al cabo de unos minutos mi propia saliva me daba un regusto a paisaje soriano, a humedad mineral, a silencio, a Dios si creyese en Dios. Y me vino a la cabeza un libro que me había recomendado alguien que conocí en Ladakh, en el norte de la India. Malamente pude recordar el nombre de su autor –Andrew Harvey- y su título en inglés: “A journey in Ladakh.”

Al día siguiente puse mis pies en los caminos de internet buscando aquel escritor y su libro. En castellano no estaba publicado. Triste. Finalmente entré en la megabiblioteca “Amazon”. Allí unos librereros invisibles me lo encontraron en menos de dos segundos. Me latía el corazón con fuerza, y con más fuerza lo hizo cuando dos días después tenía la joya entre mis manos. Ahora está junto al teclado de este ordenador porque hay un párrafo que quiero traer aquí y que dice algo parecido a esto: “No son los detalles de la historia o de la biografía los que tienen importancia, ni la violencia que ocurre dentro del tiempo la verdadera fuente de la creación, sino esas aprehensiones de lo intemporal, esas repentinas incursiones que hace el viento en el silencio de un lago. Ahí está la verdadera biografía del espíritu, su verdadera vida, una vida que sólo puede ser aludida por el arte.”

La noticia del día de aquel miércoles había sido, para mí, el olor a silencio que la lluvia había levantado en las terracotas de Soria. Evidentemente no la pude leer en ninguno de los periódicos que retozaban en mi cama.